

El Althusser de los comunistas argentinos (1967-1976)

The Althusser of the Argentine Communists (1967-1976)

Por: Marcelo Starcenbaum¹

Recibido: octubre de 2017 *Revisado:* noviembre de 2017 *Aceptado* diciembre de 2017

Resumen

Este trabajo analiza la recepción de Louis Althusser por parte de intelectuales comunistas entre fines de los 1960 y mediados de los 1970. Al respecto, constatamos que el marxismo althusseriano fue captado tanto como un singular ejercicio de relectura de Marx como un tipo de trabajo teórico que sustentaba la crítica maoísta al comunismo oficial. Asimismo, evidenciamos que, si bien existió un rechazo frontal de las nociones antihumanistas, algunas tesis althusserianas fueron incorporadas al discurso teórico del partido en el combate contra otras corrientes de pensamiento contemporáneas.

Palabras Clave. Louis Althusser; marxismo; Partido Comunista Argentino; recepción política.

Abstract

This paper analyzes the reception of Louis Althusser by communist intellectuals between the late 1960s and the mid-1970s. In this regard, we note that Althusserian Marxism was grasped as both a singular exercise in rereading Marx and a type of theoretical work that sustained the Maoist criticism of official communism. Likewise, we show that, although there was a frontal rejection of antihumanist notions, some Althusserian theses were incorporated into the theoretical discourse of the party in the struggle against other currents of contemporary thought.

Key Words. Louis Althusser; Marxism; Argentine Communist Party; political reception.

¹ Doctor en Historia por la Universidad Nacional de La Plata. Su tesis ha versado sobre la temática "Itinerarios de Althusser en Argentina: marxismo, comunismo, psicoanálisis (1965-1976)". Se desempeña como docente e investigador en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de dicha Universidad. Ha publicado artículos sobre historia intelectual e historiografía en revistas nacionales y extranjeras. Integra proyectos de investigación sobre las temáticas mencionadas. (Argentina). Contacto: mstarcenbaum@gmail.com

Introducción

Entre fines de la década de 1960 y mediados de la de 1970, la obra de Althusser fue objeto de un significativo proceso de recepción entre los intelectuales de izquierda en Argentina. Uno de los espacios más relevantes en los cuales se llevaron a cabo procesos de lectura y apropiación del trabajo del filósofo francés lo constituyó el Partido Comunista Argentino (PCA). Los modos de vinculación de los comunistas con la propuesta renovadora del marxismo propiciada por el althusserianismo pueden ser calibrados a partir de la delimitación de dos procesos.

En primer lugar, los intelectuales comunistas que intentaban modificar el rumbo político del partido a fines de los años sesenta encontraron en Althusser una certificación de que el estancamiento que atravesaba el movimiento comunista internacional tenía también causas teóricas. En este contexto, algunas tendencias que pugnaban por la recuperación revolucionaria del comunismo argentino se destacaron por articular las formulaciones althusserianas y el programa guevarista. La derrota de estos grupos por parte de los sectores que fundaron el Partido Comunista Revolucionario (PCR) hizo del althusserianismo un objeto de refutación en los primeros años del nuevo partido. En este sentido, una parte considerable de la crítica esbozada por el PCR a la lucha armada estuvo acompañada por un trabajo de refutación del marxismo althusseriano. El antialthusserianismo del PCR se agudizó una vez que el partido se ubicó en la senda del comunismo chino, volviéndose Althusser una variable destacada en las operaciones de diferenciación entre el revisionismo y el

proceso revolucionario desarrollado en China.

Sin embargo, no menos relevante fue la presencia del althusserianismo en las discusiones teóricas mantenidas por los intelectuales comunistas que permanecieron en el partido. El posicionamiento defensivo desarrollado por estos intelectuales frente a las corrientes modernizadoras del marxismo condujo a una aproximación ambivalente a la obra de Althusser. Por un lado, fue recibida como un sugerente ejercicio de relectura de Marx que no tenía como consecuencia el apartamiento del comunismo partidario. Pero las lecturas desarrolladas en los materiales partidarios fueron cautelosas tanto con la inflexión antihumanista en la tradición marxista como con las influencias que el althusserianismo tenía entre las corrientes maoístas francesas. Ya en la década de 1970, uno de los principales cuadros intelectuales del partido, García Barceló, incorporó a Althusser en sus intervenciones teóricas en la revista partidaria, *Cuadernos de Cultura*. Si bien algunas de las características del althusserianismo siguieron siendo objeto de críticas, como el antihegelianismo y el cientificismo, otras fueron articuladas en un impulso modernizador de la filosofía marxista, tales como la problematización de la ideología y la discusión acerca de la cientificidad del marxismo.

El objetivo de este trabajo es atender este segundo momento, es decir, los itinerarios de Althusser entre los intelectuales que permanecieron en el PCA. A los fines de contextualizar esta recepción, nos detenemos en el posicionamiento reactivo de los intelectuales comunistas frente a los fenómenos de modernización del marxismo llevados a cabo a comienzos de la década de

1960. Analizamos luego el posicionamiento de dichos intelectuales frente a los procesos de radicalización política en Argentina y en Francia. Con respecto a esto último, nos concentramos especialmente en los modos a través de los cuales el comunismo argentino recibió la experiencia de las corrientes maoístas y la relación de Althusser con las mismas. A continuación, analizamos las lecturas de la obra de Althusser realizadas en *Cuadernos de Cultura* en el contexto de la política partidaria de una renovación democrática de la cultura. Finalmente reconstruimos el seguimiento que Abel García Barceló realizó del trabajo de Althusser y sus discípulos durante la primera mitad de la década de 1970.

En defensa del marxismo-leninismo: los intelectuales comunistas y la modernización del marxismo

Los modos de intervención de los cuadros intelectuales del PCA en el interior del corpus marxista durante la segunda mitad de la década de 1960 y los primeros años de la de 1970 estuvieron atravesados por los procesos de escisión desarrollados en el seno de la estructura partidaria. La ruptura *pasadopresentista*ⁱ de 1963-1964 y la gran fractura de 1967-1968ⁱⁱ condensaron los posicionamientos de la línea partidaria en el universo marxista y sedimentaron un discurso frente a los desarrollos innovadores del campo marxista que permanecerá en los círculos culturales del partido hasta entrada la década de 1970. La lucha política contra lo que era designado genéricamente como *neozquierdismo* y la lectura de las nuevas corrientes marxistas desde un marxismo ortodoxo de factura soviética redundaron en una posición reactiva

frente a los procesos de apertura y reformulación del marxismo, ya sea en su vertiente existencialista como en la estructuralista. Si bien en parte el althusserianismo fue leído desde estos marcos, la pertenencia de Althusser al comunismo partidario y la importancia otorgada por el PCA a las discusiones teóricas y políticas del Partido Comunista Francés (PCF) contribuyeron a ubicar al marxismo althusseriano en un espacio singular de las intervenciones de los intelectuales comunistas argentinos.

Una vez superada la crisis que condujo a la salida del grupo de *Pasado y Presente* de la estructura partidaria y dada por finalizada la discusión entre Oscar del Barco y Raúl Olivieri y Raúl Sciarreta en torno al problema de la objetividad en el marxismoⁱⁱⁱ, *Cuadernos de Cultura* llevó a cabo una campaña contundente de refutación de las pretensiones modernizadoras del marxismo y de defensa frente a las acusaciones de esclerosamiento y envejecimiento del marxismo-leninismo. El número 66, de principios de 1964, dedicado íntegramente a la “Afirmación militante del marxismo-leninismo”, estaba integrado por intervenciones contundentes de los principales referentes intelectuales del partido, como Abel García Barceló, Miguel Lombardi, Mauricio Lebedinsky y Samuel Schneider^{iv}.

El editorial de este número especial, “En defensa del marxismo-leninismo”, impugnaba tanto las operaciones refundacionales del marxismo como las críticas izquierdistas a la línea política del partido. Frente a las primeras, el PCA se auto-investía del mismo impulso que había llevado a Mariátegui a escribir su *Defensa del marxismo*, es decir, la necesidad de intervenir frente a los diagnósticos de esterilidad del marxismo y desfasaje de la teoría con una

realidad diferente a la de los fundadores del materialismo histórico. Lo específico de esta nueva oleada de proyectos modernizadores del marxismo lo constituían, según la lectura partidaria, el despojamiento de todo sentido militante, su transformación en una filosofía universitaria, la amputación del leninismo y un tono marcadamente anticomunista. Frente a las segundas, se imponía una lectura peyorativa de los impulsos vanguardistas e intelectualistas advertidos en los movimientos surgidos a la izquierda de la línea política del PCA. Dicha lectura estaba estructurada a partir de una censura de la vía insurreccional, acusada de sustituir la evolución política de las masas, y una refutación de las impugnaciones a la vía pacífica, la cual era disociada de factores claudicatorios y remitida a la organización constante de las masas con objetivos revolucionarios.

De todas las intervenciones de este número especial, la de García Barceló, “El marxismo-leninismo y la denominada ‘totalización’ del marxismo”, lograba sistematizar la lectura comunista de los impulsos modernizadores del marxismo de la primera mitad de la década de 1960. Introducida la variable generacional en el debate que culminó con la salida del grupo *pasadopresentista*, la primera operación frente a las corrientes marxistas renovadoras consistía en la disociación entre la posición del *viejo intelectual agorero*, en la cual el antidogmatismo se asociaba irremediamente al resentimiento anticomunista, y la de los *jóvenes*, cuya rebeldía e inconformismo eran caracterizados como jalones de un camino que conducía inevitablemente a la esterilidad política. Si en el plano político las líneas izquierdistas eran confrontadas con la postulación del rol insustituible del Partido, en los aspectos

filosóficos la modernización del marxismo era enfrentada a la posibilidad de establecer un programa de adecuación del marxismo-leninismo a la nueva etapa del movimiento comunista internacional. García Barceló impugnaba las operaciones de división del marxismo en su versión *ortodoxa* y en su vertiente *creadora* en tanto advertía que el único camino que proponían estas últimas consistía en la integración del marxismo con corrientes filosóficas idealistas, como el existencialismo y el neopositivismo y con disciplinas con tendencias antimaterialistas, como la sociología burguesa y el psicoanálisis.

Si la propagación del discurso renovador implicaba un desafío a la tradición marxista-leninista, el trabajo que se imponía consistía tanto en una detallada refutación de los núcleos teóricos del primero como un esfuerzo jearquizador de las bases filosóficas de la segunda. En una lectura que atendía las implicaciones de *Crítica de la razón dialéctica* de Sartre, y que remitía explícitamente a los debates en torno a Gramsci en el seno del comunismo argentino, García Barceló dedicaba el grueso de su intervención al tratamiento de aquellos núcleos del proceso de totalización del marxismo que se advertían como más problemáticos.

El primero de ellos correspondía a la concepción de que las corrientes filosóficas idealistas forman parte de la realidad y como tales deben ser englobadas en una teoría totalizadora. La confusión entre la existencia de una ideología y su aceptación teórica era cifrada en unos términos que guardan una estrecha similitud con aquellos a partir de los cuales el althusserianismo abordará al gramscianismo: “las raíces de tan gratuita pretensión residen en una concepción esquemáticamente historicista,

que ignora las exigencias propias del conocimiento verdadero en la lucha ideológica” (García Barceló, 1964, p. 18).

El segundo problema estaba vinculado con la tendencia a identificar coincidencias temáticas entre el marxismo y las corrientes filosóficas idealistas. Sobre una aproximación general a las relaciones entre marxismo y fenomenología caracterizada por una valoración de Tran Duc Thao y Jean-Toussaint Desanti y una censura de Sartre, el problema de la *coincidencia* era abordado a partir de un esquema en el cual el idealismo aparecía acercándose al materialismo dialéctico, de lo cual se deriva el carácter verdadero de la filosofía marxista y la necesidad de que el marxismo se concentrara en aquellos problemas a los que el idealismo no había podido dar respuesta.

Por último, era problematizada la cuestión de la existencia de *lagunas* en el marxismo-leninismo y la derivación programática que enfatizaba la posibilidad de que estas ausencias sean cubiertas a partir de la incorporación de investigaciones desarrolladas por corrientes no marxistas. Al respecto, García Barceló destacaba una corriente autocrítica en el marxismo-leninismo, de la cual el Roger Garaudy de *Perspectives de l'homme* aparecía como el caso paradigmático, que intentaba vislumbrar en qué casos la postergación del abordaje de problemas tales como la subjetividad, la libertad y la responsabilidad había estado condicionada por las necesidades de la lucha ideológica y en cuáles otros había obedecido a una lectura simplificadora de tradiciones filosóficas contemporáneas. En esta dirección, García Barceló se esforzaba por subrayar que del escaso tratamiento de estas temáticas por parte del marxismo no se desprendía necesariamente la existencia de

lagunas en su interior y que, en tanto el marxismo-leninismo estaba lo suficientemente equipado para el abordaje de dichas problemáticas, de lo que se trataba era de profundizar el desarrollo de la propia filosofía marxista prescindiendo de la integración de elementos pertenecientes a filosofías idealistas.

La intervención de Lebedinsky, “Marxismo o marxismo-leninismo”, apuntalaba la operación de defensa del marxismo-leninismo y refutación de las pretensiones modernizadoras de la tradición marxista. En su caso, el énfasis estaba puesto en la conformación de un mapa político-intelectual de lo que se designaba con un tono peyorativo como *anti-dogmatismo creador*. De este modo aparecían mencionadas las obras de Jean-Paul Sartre, Henri Lefebvre, Jean-Yves Calvez y Erich Fromm en el contexto europeo, y las revistas *Pasado y Presente*, *Cuestiones de Filosofía*, *Revista de Liberación* y *Nueva Izquierda* en Argentina, a las cuales se les adjudicaba las operaciones de separación del marxismo del leninismo, transformación del marxismo en método sociológico de interpretación, priorización del problema de la alienación y conformación de un *humanismo abstracto*, separación de Marx y Engels y escisión entre la teoría y la práctica.

La lectura de las corrientes marxistas renovadoras realizada por Lebedinsky demuestra de modo contundente el lugar privilegiado que tenían las intervenciones de los filósofos comunistas franceses en las interpretaciones de los intelectuales comunistas argentinos y el modo en el que aquellas operaban a modo de mediación en el abordaje de los procesos de reformulación del marxismo desarrollados en Argentina. Así, al igual que García Barceló, aquel recurría a la palabra autorizada de Garaudy; en este caso, los

planteos desarrollados en *Perspectives de l'homme* en contra al humanismo especulativo y a favor de una convergencia entre el problema de la alienación y la práctica política revolucionaria, eran retomados para refutar aquellas corrientes que “tratan de convertir al marxismo en el movimiento puro de la alienación, en un humanismo etéreo, en una antropología humanista que se movería exclusivamente en el plano de la conciencia” (Lebedinsky, 1966, p. 66).

Del mismo modo se recurría a los primeros trabajos de Sève editados por el PCF, especialmente *La différence*, a los fines de ofrecer una caracterización general de los fenómenos de relectura del marxismo y de problematización de los vínculos entre el marxismo y el leninismo. De esta forma las corrientes renovadoras del marxismo aparecían representando una novedad en relación con otros momentos de replanteo del corpus marxista, como el correspondiente al revisionismo bernsteiniano, en tanto el núcleo de sus intervenciones no lo constituía el esfuerzo por revisar a Marx sino el intento de convertirse en los depositarios del verdadero marxismo. Asimismo, las derivas antidogmáticas del marxismo contemporáneo eran contrastadas con el itinerario de Lenin, quien, viviendo una época de reacción política y filosófica, no claudicó frente a las corrientes idealistas sino que había profundizado las bases del marxismo.

La teoría enloquecida: el maoísmo francés visto por los comunistas argentinos

Los primeros números de la nueva etapa de *Cuadernos de Cultura*, iniciada en 1967,

estuvieron marcados, al igual que los de 1963-1964, por los avatares de un proceso de fraccionamiento en el seno de las estructuras partidarias. En este caso, los términos en los cuales los cuadros intelectuales del comunismo argentino procesaron la significativa escisión de fines de la década permiten inferir los parámetros de lectura sostenidos por el PCA frente a la estructura y las características del campo marxista durante esos años. Si durante la primera ruptura, el centro de las refutaciones de los intelectuales comunistas argentinos lo constituyeron aquellos fenómenos que eran percibidos como un anti-dogmatismo modernizador y una integración al marxismo de corrientes filosóficas idealistas, a lo largo del segundo proceso de escisión la atención se concentró en los procesos de radicalización política de los sectores juveniles y en la preponderancia alcanzada por el maoísmo.

Enmarcada en la necesidad de profundizar la convergencia de todas las fuerzas políticas progresistas para enfrentar a la dictadura de Onganía, el informe reproducido en *Cuadernos de Cultura* sobre el clima cismático en las estructuras partidarias adquiría la forma de un lamento. El informe en cuestión, “A propósito de una plataforma fraccional entre los jóvenes”, publicado sin firma en el número 2 de la nueva época, vinculaba la caracterización del onganiato realizada por el partido -que enfatizaba la represión anticomunista y la censura cultural- con el señalamiento de lo desfavorable que resultaba, en un momento en el que se necesitaba la convergencia y no la división de la oposición a la dictadura, el surgimiento en el interior de la estructura partidaria de “una línea sectaria, donde el infantilismo de izquierda se entronca con las variantes del nacionalismo burgués, tras una

plataforma política opuesta a la acción de masas y, por lo tanto, esencialmente antagónica a la línea del PC” (Anónimo, 1967, p. 130). En lo que respecta al modo en el cual se interpretaba la consolidación de la disidencia juvenil, el elemento causal sobre el cual se depositaban las variables explicativas era el llamado “giro a la izquierda de la juventud”. Este era concebido como un fenómeno de radicalización problemático por estar protagonizado por un sujeto, como el estudiantil, proclive a las “vacilaciones ideológicas” y las “impaciencias políticas” (Anónimo, 1967, p. 130). En relación a las actitudes del comunismo frente a este giro a la izquierda, los sectores disidentes eran responsabilizados por haberse apartado del camino natural frente a un fenómeno de este tipo, es decir, aquel consistente en una acción ideológica contundente que posibilitara la difusión masiva de la línea partidaria logrando encauzar la radicalización en el partido de vanguardia, favoreciendo de este modo el aislamiento del partido de la juventud, la tergiversación de su línea política y la profundización del desamparo político entre los estudiantes.

En el análisis realizado sobre el surgimiento de una línea política disidente en el interior del PCA se destacaba la enumeración de los elementos pertenecientes a la dimensión teórica que conducían a lo que se percibía como efectos paralizadores en el terreno de la práctica política. Se alertaba, en primer lugar, sobre el establecimiento de la revolución agraria y antiimperialista como programa mínimo de lucha. La refutación de la necesidad del carácter *democrático* de la revolución agraria y antiimperialista pasaba a ser considerada como producto de una confusión entre el

programa revolucionario del partido y el requerimiento de que sus bases se adecúen a la correlación de fuerzas de la situación nacional y a la urgencia de un frente antidictatorial conformado por fuerzas progresistas. Lo mismo ocurría con el ataque a la burguesía *tout court*, aprehendido como una posición clasista incapaz de diferenciar a los enemigos principales, como la oligarquía y el imperialismo, de aquellas clases que podrían formar parte, junto a la clase obrera, de un frente democrático nacional. En conjunto, la descripción del proceso fraccional estaba atravesada por el señalamiento de los riesgos políticos que encubría el desarrollo de elementos teóricos reñidos con las bases filosóficas que guiaban la acción del partido. El surgimiento de nuevas teorizaciones en el interior de la estructura partidaria aparecía como el responsable de desviaciones gravísimas en el trabajo juvenil y cultural, tales como la obturación de la potencial participación en el frente antidictatorial de intelectuales de extracción burguesa -docentes, investigadores, profesionales, artistas- o la renuencia a establecer convergencias parciales con los sectores de la clase obrera influidos por el peronismo que *aún* no compartían *totalmente* el programa comunista.

El lugar ocupado por el desarrollo del maoísmo francés entre los intelectuales comunistas argentinos estaba directamente mediado por las descripciones realizadas de dicho fenómeno por los intelectuales del PCF. El elemento más significativo de esta mediación lo constituyó la traducción y comentario, en la sección “De cada cual lo suyo”, de dos artículos de Claude Prévost publicados entre 1967 y 1968 en *La Nouvelle Critique*. El primero de ellos, “Portrait robot du maoïsme en France”, que ocupó las

páginas del número 2 de *Cuadernos de Cultura*, consistía en un agudo retrato de las oposiciones de izquierda al interior del PCF vehiculizadas por los grupos maoístas; el otro, atendido en el número 10, correspondía a la respuesta a un lector de *La Nouvelle Critique* que había escrito una carta a la revista acusando a Prévost de esquivar las responsabilidades que le cabían a la ortodoxia del PCF en la salida de los jóvenes militantes de las filas partidarias. El modo en el cual se insertaban las intervenciones de Prévost en *Cuadernos de Cultura* -reproducción de largos pasajes de los artículos, entre los cuales se intercalaban observaciones de un comentarista anónimo que refrendaba todas las afirmaciones de Prévost- dan cuenta tanto de la identificación entre la revista cultural del PCA y *La Nouvelle Critique* como de la coincidencia en los términos de la interpretación del “giro a la izquierda” realizada por el comunismo argentino y la de la lectura del *gauchisme* desarrollada por el comunismo francés^v.

Resaltaba en las descripciones del intelectual comunista francés una sensación de asombro frente la preeminencia que adquiriría la teoría por sobre la política entre los jóvenes maoístas enfrentados a la línea del PCF. Por un lado, Prévost advertía un fenómeno de inflación de la teoría en las nuevas generaciones de militantes comunistas. Uno de los elementos sobre los que se depositaba la atención era el privilegio otorgado a los aspectos teóricos del marxismo, fenómeno cuyas causas eran remitidas tanto a la relevancia del maoísmo en el movimiento comunista internacional como a la peculiaridad de la *mirada francesa* sobre la revolución china. Según sus palabras, se asistía en el París de aquellos días, “al espectáculo, burlesco o desolador, según el estado de ánimo,

de la ‘teoría’ enloquecida” (Prévost, 1967, p. 100). Si bien este fenómeno permitía avizorar ciertos avances en el interior de la tradición marxista, especialmente a partir del desarrollo inusitado de sus dimensiones teóricas, el hecho de que la preeminencia de la teoría implicara necesariamente un desbalance en detrimento de la práctica política, direccionaba su aprehensión hacia unos términos que no podían ser sino negativos. La mirada negativa se dirigía, asimismo, hacia lo que era percibido como una desviación en el modo de concebir la constitución de los elementos teóricos. Prévost enfatizaba las formas en las cuales ciertos desarrollos innovadores de la teoría marxista en Francia no eran resultados de una intervención crítica sobre lo existente, sino que constituían meramente elementos justificatorios de las prácticas políticas de la revolución china. Así, por ejemplo, la jerarquización de los problemas en torno a la ideología en las discusiones marxistas aparecía como un producto de la necesidad del maoísmo francés por legitimar el accionar de los Guardias Rojos.

En un segundo plano, se advertía en la descripción de Prévost un esfuerzo por desnudar las implicaciones de la concepción de las ideas sostenida por el maoísmo y, especialmente, de la adjudicación a dicha dimensión de un desproporcionado potencial transformador. Al igual que ocurría con el desbalance entre la teoría y la práctica, la equiparación de la potencia de las ideas a la de la fuerza militar o la fuerza productiva era postulada como una distorsión del legado de Marx. La descalificación del pensamiento de Mao se dirigía tanto a la pretendida originalidad y radicalidad de sus tesis como a la forma idealista en la cual el maoísmo concebía la

existencia de dicho pensamiento; a decir de Prévost, “el pensamiento de un hombre (dejemos aparte el problema de su ‘genio’), es dotado de este modo, de atribuciones mágicas”. Del mismo modo, el anudamiento operado por el maoísmo entre la transformación de las ideas y la modificación de la realidad histórica era presentado en términos explicativos como las claves que permitían comprender el “moralismo maoísta” así como “los excesos terroristas que provoca” (Prévost, 1967, p. 103). El repaso de estos elementos derivaba en una indagación sobre el modo en el cual el maoísmo se vinculaba con la tradición humanista del marxismo. Si bien Prévost destacaba el marcado anti-humanismo de las corrientes maoístas, se esforzaba por deducir la forma por la cual su contenido antihumanista terminaba convirtiéndose al maoísmo en una tradición sostenedora de un humanismo más cercano al creacionismo idealista que al marxismo. El hecho de dotar a las masas de un poder transformador ilimitado permitiría inferir cómo las tesis antihumanistas encubren una creencia en la omnipotencia de los hombres; en sus términos, “su antihumanismo deliberado y provocador revela de rechazo, en un plano profundo, un hiperhumanismo idealista, que culmina en una verdadera idealización de La Humanidad” (Prévost, 1967, p. 104).

La reproducción de los textos de Prévost hacía aparecer por primera vez al althusserianismo en las páginas de *Cuadernos de Cultura*. Escritos al calor del momento de mayor conflicto entre el PCF y el marxismo althusseriano, los artículos publicados en *La Nouvelle Critique* daban cuenta del modo en el cual el comunismo francés leía, y hacía públicos, los efectos de la intervención de Althusser en los procesos de propagación de

las corrientes maoístas y de la consiguiente fractura al interior de los órganos partidarios. Prévost expresaba esta lectura en dos planos. El primero de ellos remitía a la afinidad que existía entre las formulaciones de un marxismo renovador, sobre el cual no se mencionaba su filiación pero que, como bien dice Rancière (1975, p. 99), no podía ser otro que el althusseriano, y los grupos disidentes del Partido que adscribían a la doctrina maoísta:

En un primer momento algunos adoptaron por entusiasmo una lectura de Marx que privilegiaba el momento de la ruptura con la ideología anterior; sin embargo, era visible que izquierdizaban ese paso y lo llevaban al absurdo, que hacían del marxismo una especie de comienzo absoluto, la negación de toda la cultura pasada, con desprecio de cien textos de Marx y Lenin. Por lo contrario, les era necesario llevar a cabo un nuevo ‘Gran Salto’. Entonces, el ‘pensamiento de Mao’, o por lo menos lo que se pone en primer plano en la actualidad, ofrecía su linealidad y esquematismo (Prévost, 1967, p. 102)

Los términos en los cuales Rancière retomaba en *La lección de Althusser* las afirmaciones de Prévost permiten advertir el ángulo a través del cual el PCF veía la articulación entre althusserianismo y maoísmo. Si bien no dejaba de remarcarse las afinidades existentes entre ambas expresiones, es evidente que se exculpaba al propio Althusser de las apropiaciones que hacían los grupos maoístas de su lectura novedosa de Marx. Mientras el althusserianismo era presentado en un tono neutro como un marxismo que direccionaba su interpretación de Marx en un sentido determinado, el anclaje teórico del maoísmo en el althusserianismo era caracterizado de manera negativa como un movimiento izquierdizante.

Asimismo, la postulación del paso de los grupos disidentes hacia un maoísmo abierto y enfrentado con el Partido como un hecho inevitable y casi necesario derivaba en una concepción del althusserianismo como una corriente marxista contenida en los lineamientos políticos y filosóficos del PCF. El otro plano en el que se expresaba la lectura del comunismo francés sobre el althusserianismo avanzaba mucho más allá de la exculpación de Althusser. En su descripción crítica de las corrientes maoístas, Prévost se apoyaba en investigaciones sociológicas y en argumentaciones políticas de intelectuales del Partido. En el primer caso, el análisis realizado por Pierre Bourdieu y Jean-Claude Passeron en *Los herederos. Los estudiantes y la cultura* operaba como iluminador de la relación entre el izquierdismo y la extracción de clase burguesa. En el segundo, las intervenciones de Althusser, especialmente aquellas de la entrevista en *L'Unité*, en torno a la necesidad de que los intelectuales lleven a cabo un largo proceso de reeducación para convertirse en dirigentes del proletariado, actuaban como fortalecedoras del leninismo y demarcadoras de la distancia que existía entre la militancia izquierdista y los problemas concretos de la clase obrera.

Las ambivalencias del Marx estructural: lecturas de Althusser en *Cuadernos de Cultura*

Atravesado por el proceso cismático de 1967 y condicionado por el carácter reaccionario y dictatorial del onganato, el comienzo de la nueva época de *Cuadernos de Cultura* se caracterizó por la centralidad adquirida por un programa de *renovación democrática de la cultura*. Tal como lo formulaba Héctor Agosti en el informe presentado a la Tercera Reunión

Nacional de Intelectuales Comunistas de 1967, y reproducido como artículo central del primer número de esta nueva etapa de la revista, la batalla por la hegemonía cultural en un contexto marcado por la consolidación de corrientes izquierdistas y la represión estatal implicaba simultáneamente un trabajo propiciatorio de una política de alianzas con las fuerzas progresistas enfrentadas a la dictadura y un proceso de discusión con dichas fuerzas, a los fines de “resguardar la individualidad del marxismo-leninismo” (Agosti, 1967, p. 17). La especificidad de este programa democrático conllevaba el direccionamiento de la polémica con las otras fuerzas de izquierda hacia un trabajo de persuasión, tolerancia y construcción de soluciones concretas. Ahora bien, si por un lado Agosti insistía en la necesidad de evitar actitudes paternalistas y esquemáticas frente a las fuerzas políticas potencialmente aliadas, se mostraba inflexible con los sectores que se enfrentaban por izquierda a los lineamientos políticos del PCA. En sus palabras, le correspondía a los intelectuales comunistas “dialogar y accionar con todos, excepción hecha de los grupúsculos que tienen, como único ‘objetivo de izquierda’, la lucha contra el Partido Comunista” (Agosti, 1967, p. 19).

En una versión actualizada de aquella “afirmación militante del marxismo-leninismo” de 1964, Agosti articulaba los elementos programáticos de la batalla por la hegemonía cultural con un mapeo actualizado de las nuevas corrientes marxistas que se pretendían modernizadoras. Lo más significativo de este abordaje panorámico del campo marxista de fines de la década de 1960 lo constituía la ausencia de referencias a la propuesta renovadora impulsada por el

althusserianismo en Francia. En efecto, la intervención de Agosti que intentaba desarticular los desarrollos teóricos modernizadores, “El resguardo de la herencia ideológica de Marx” -transcripción de un discurso pronunciado en Moscú en 1968 durante las conmemoraciones por el aniversario del nacimiento de Marx- se detenía en varios de los núcleos problemáticos del marxismo sobre los cuales el althusserianismo intervenía generando innumerables polémicas, como la relación entre ciencia e ideología o el vínculo entre el joven Marx y el Marx maduro, sin hacer referencia a los efectos de la incipiente tradición althusseriana en los debates del marxismo contemporáneo. Los elementos más nocivos de lo que se consideraba un proceso de desnaturalización de la herencia de Marx eran depositados fundamentalmente en las formulaciones de Marcuse, captadas como una interpretación del capitalismo contemporáneo propiciatoria de la disolución de los límites entre burguesía y proletariado, y las de Fromm, acusadas de privilegiar una lectura humanista de Marx en pos de una articulación entre marxismo y cristianismo.

Si bien ausente en el panorama presentado por Agosti, la aparición del althusserianismo ocupó un lugar considerable en los primeros números de la nueva etapa de *Cuadernos de Cultura*. El trabajo de presentación de las características de la inflexión althusseriana en la tradición marxista, así como de exposición de una primera lectura codificada de la obra de Althusser, estuvo a cargo de Pablo Barcia, autor de la reseña de *La revolución teórica de Marx*, publicada en el número 2, y de “Marxismo y humanismo socialista”, una intervención en el número 4 dedicada a defender al humanismo socialista de los ataques del antihumanismo

althusseriano. El primer elemento al que atendía la introducción de Althusser en las páginas de la revista lo constituía la aclaración del lugar ocupado por sus tesis en los debates del comunismo francés. En este sentido, Barcia presentaba a Althusser como un filósofo comunista que venía desarrollando tesis singulares desde 1963. Por otro lado, que dichas formulaciones estaban vehiculizadas por un marxismo que abrevaba en la corriente estructuralista. En suma, se destacaba que la articulación entre marxismo y estructuralismo había merecido las críticas del referente intelectual del PCF, Garaudy, y que las implicaciones políticas del althusserianismo habían obligado al Comité Central del partido a convocar una reunión sobre problemas culturales e ideológicos -refiriéndose de este modo a la interpelación de la que había sido objeto Althusser por parte de sus camaradas.

En un movimiento que a simple vista podría parecer contradictorio, la enunciación de la dimensión problemática de la irrupción del althusserianismo daba lugar a una valoración positiva del tenor de la intervención de Althusser en el campo marxista contemporáneo y a un consecuente señalamiento de lo auspicioso que resultaba la llegada a la Argentina de las discusiones abiertas por dicha intervención. Esta valoración estaba asociada a la advertencia del carácter inusual de la propuesta renovadora impulsada por el althusserianismo. Los elementos que configuraban dicha singularidad eran remitidos por Barcia a dos dimensiones del marxismo althusseriano. El primero de ellos refería al camino a través del cual Althusser emprendía su relectura de Marx. El intelectual comunista argentino saludaba de este modo una reformulación del marxismo

que esquivaba la *tentación liquidacionista* y el desarrollo de una filosofía crítica que no implicaba una renuncia al comunismo; destacaba por ello la elección de Althusser de colocarse en “la perspectiva del desarrollo teórico del marxismo como meta del trabajo intelectual de los investigadores comunistas, como cabal realización de su militancia en el plano de las ideas, superando el horizonte de un desnudo activismo político” (Barcia, 1967, p. 117).

En un sentido convergente con el reconocimiento anterior, se dotaba de una valoración positiva la forma a través de la cual el aporte althusseriano a la filosofía marxista pretendía unos efectos más allá del campo teórico. Según Barcia, el modo en el cual Althusser articulaba los problemas de la filosofía marxista con los de la política comunista era indicativo de la prioridad que le otorgaba esta intervención marxista tanto a la obra científica de Marx como a la práctica política de los militantes comunistas. Se resaltaban así los esfuerzos del althusserianismo por evitar el desarrollo de “una ‘filosofía’ especulativa acerca del hombre, la economía, la historia o la objetividad en general, construida arbitrariamente a partir de una conjunción exterior de citas filosóficas” (Barcia, 1967, p. 118).

El carácter valorativo de esta lectura derivaba en una presentación de las dimensiones cuestionables de la obra de Althusser que se desenvolvía sobre un sustrato en el cual dichos elementos eran concebidos como tendencias que conspiraban contra un auspicioso punto de partida y como errores aceptables por tratarse del trabajo de un filósofo comunista que, como tal, se encontraba “en el camino de la verdad relativa hacia el conocimiento infinito” (Barcia,

1967, p. 121). En este marco eran repasadas someramente aquellas dimensiones del althusserianismo que se presentaban difícilmente integrables en las coordenadas filosóficas en las cuales se ubicaban los intelectuales del PCA: la relación entre ciencia e ideología, la concepción del materialismo dialéctico como epistemología del conocimiento científico, el lugar de la teoría como trabajo de producción sobre objetos ideales, la tesis de un corte epistemológico en el pensamiento de Marx, la relación entre la dialéctica marxista y la dialéctica hegeliana, y la crítica al humanismo socialista. Fue esta última, sin embargo, la que generó un mayor afán refutativo en las páginas de *Cuadernos de Cultura*. Centrada en “Marxismo y humanismo”, el texto fundamental sobre el tema incluido en *La revolución teórica de Marx*, la lectura de Barcia daba cuenta de los problemas teóricos y políticos de avanzar por un camino contrario al del humanismo. Principalmente, la insistencia en el carácter ideológico del humanismo socialista aparecía asociada al riesgo de perjudicar las alianzas con fuerzas políticas o sociales que abrevaban en la tradición humanista o de impedir de antemano el acercamiento al comunismo de militantes humanistas pertenecientes a corrientes no-marxistas. Barcia contraponía de este modo aquella aguda caracterización althusseriana del humanismo socialista como un *jeu de mots* [juego de palabras] indicativo de un *équivoque vécu* [equivoco vivido] y *l'expression du vœu de la surmonter* [la expresión de un deseo de sobrepasarlo] con la potencialidad del humanismo a los fines de establecer “una política de leal unidad con los antiimperialistas de otros sectores” (Barcia, 1968, p. 25).

La percepción de una vinculación evidente

entre las críticas al humanismo socialista y el sectarismo político direccionaba la lectura de las tesis althusserianas hacia la problematización de las relaciones entre la obra de Althusser y los “pretéritos manejos dogmáticos”. En el mismo sentido en el que desarrollaba el conjunto de su interpretación, Barcia atendía una doble dimensión de dichas relaciones. Por un lado, certificaba que la concepción del humanismo socialista como ideológico y su agrupación junto a otros humanismos bajo el paraguas *idealista, metafísico* y *subjetivante* emparentaba inexorablemente al althusserianismo con el dogmatismo. Se advertía con preocupación la tendencia a conceptualizar el binomio *humanismo socialista* a partir de una concepción de la ideología y la ciencia en términos de una oposición recíproca, movimiento captado por Barcia como una operación valorativa que simultáneamente resaltaba el carácter científico del concepto de *socialismo* y condenaba al de *humanismo* al terreno de lo no-científico. Se evidenciaba, sin embargo, un esfuerzo por subrayar que la identificación entre las tesis de Althusser y el dogmatismo estaba puntualmente relacionada “con las conclusiones y no con la gratuidad del resultado conceptual” (Barcia, 1968, p. 25). Es decir, que dicha afinidad se percibía en el plano de las consecuencias políticas de las tesis althusserianas y no en el de su fundamentación teórica, dimensión en la cual Barcia identificaba tanto elementos anti-dogmáticos -la valoración de la ciencia, la necesidad de una auténtica práctica teórica- como una complejidad divergente con el esquematismo característico del marxismo dogmático.

Por último, esta primera lectura de la obra de Althusser adquiriría un tono de preocupación al analizar las implicaciones teóricas y políticas

del anudamiento entre la concepción de la ideología en términos de relación imaginaria y la relectura de Marx en clave antihumanista. Para Barcia resultaba inconcebible que un filósofo marxista postulara la existencia de un mecanismo de producción genérico de las ideologías para todas las sociedades, soslayando de este modo la determinación de los fenómenos ideológicos por las estructuras sociales. Advertía especialmente que los problemas de la ideología en el socialismo, como los relativos al *culto a la personalidad*, debían analizarse a partir de la especificidad de la sociedad socialista y no a través de conceptualizaciones abstractas. La concepción althusseriana de la ideología aparecía como *insuficiente* en términos analíticos y potencialmente conservadora en términos políticos. Según Barcia, “para Althusser hay que resignarse a la atmósfera eterna de las relaciones imaginarias sin que puedan ser neutralizadas por la ciencia y el marxismo, convertidas en políticas del estado socialista” (Barcia, 1968, p. 32).

La misma advertencia se dirigía hacia la propuesta de relevo de los conceptos del joven Marx -alienación, fetichismo, libertad, humanización- por los del Marx maduro -fuerzas productivas, relaciones de producción, superestructura-, inflexión a la que se le asignaba la tendencia a negar el rol del hombre en los procesos sociales e históricos. Al igual que ocurría con su singular aporte a la teoría marxista de la ideología, los efectos del antihumanismo althusseriano eran remitidos tanto a la dimensión interpretativa del marxismo -perjudicada en este caso por la anulación de la individualidad y la subjetividad- como a los problemas de la política comunista. Al respecto, la postulación del sujeto como

portador de relaciones sociales no permitía, a decir del comentarista, concebir “la actuación crítico-práctica de los hombres que se agrupan en el partido revolucionario para lanzarse a la toma del poder y luego, desde la superestructura política condicionan la nueva articulación del sistema socialista y la emergencia de otras leyes económicas” (Barcia, 1968, p. 37).

Contra la *finalización* del marxismo: Abel García Barceló y las lecturas de Althusser en la década de 1970

Desde finales de la década de 1960 y hasta 1976, el althusserianismo ocupó un lugar destacado en las intervenciones de García Barceló, el intelectual que monopolizó durante la segunda mitad de la década de 1970 las discusiones sobre filosofía marxista en *Cuadernos de Cultura*. Los artículos de García Barceló resultan fundamentales a los fines de establecer las coordenadas del sustrato teórico del PCA a lo largo de esos años. En estos textos, la lectura de la obra de Althusser y sus efectos estuvo articulada con la problematización de dos núcleos centrales de la teoría marxista sobre los cuales los intelectuales comunistas argentinos pretendían ejercer una intervención efectiva. Por un lado, García Barceló sometía a discusión la relectura althusseriana de Marx en el contexto de los debates en torno a la relación hegelianismo y marxismo que se habían desarrollado en la década de 1960 y que se estaban actualizando hacia 1970 en ocasión del bicentenario del nacimiento de Hegel. Por el otro, el althusserianismo era problematizado -al igual que en las primeras lecturas- junto a otras tradiciones del marxismo contemporáneo en el marco del programa de defensa del marxismo-

leninismo y de refutación de las corrientes modernizadoras. Sin embargo, ciertos desarrollos innovadores en el interior de la tradición marxista, entre los cuales determinados aportes de la obra de Althusser aparecían desempeñando un rol preponderante, tendieron a complejizar dicho programa direccionando las discusiones teóricas del comunismo hacia el problema de las *negaciones* de la filosofía marxista.

A modo de contrapunto con las lecturas del althusserianismo desarrolladas a fines de la década de 1960, las reflexiones de García Barceló se desenvolvían sobre un plano estrictamente filosófico. Será difícil de encontrar, de este modo, vinculaciones explícitas entre los desarrollos teóricos en torno a la ideología y el quietismo político o entre el programa antihumanismo y las posiciones sectarias. Sus intervenciones daban cuenta, sin embargo, de algunos procesos de circulación del althusserianismo en otros ámbitos partidarios; los textos fundamentales de García Barceló que atendían problemáticas teóricas abiertas por la obra de Althusser - “Hegel y el marxismo” del número 18 y “Las negaciones de la filosofía marxista” publicados en dos partes en los números 28 y 29- formaron parte de un “Curso de introducción a la filosofía marxista” dictado en el “Centro de Estudios Marxistas-leninistas Victorio Codovilla” y fueron publicados en 1971 por la editorial de dicho centro en un volumen titulado *Hegel y la dialéctica científica de Marx*.

Si bien el discurso de García Barceló mantenía en gran medida el tono impugnador de los procesos de apertura del marxismo a otras corrientes filosóficas contemporáneas, sus reflexiones de la primera mitad de la década de 1970 intervenían sobre un campo marxista que

difería en algunos de sus elementos delineadores con aquel de mediados de la década de 1960. Declinado aquel impulso sesentista de lucha contra el izquierdismo de los sectores disidentes del partido, la concentración de la disputa en el campo de la teoría empujará aquel programa de resguardo de la *individualidad del marxismo-leninismo* hacia la refutación de las corrientes filosóficas *finalizadoras* del marxismo. En este sentido, el repaso crítico por los procedimientos teóricos instrumentados para “el suicidio filosófico del marxismo” (García Barceló, 1970, p. 87) se anclaba en aquellos marxistas, como Sartre y Lefebvre, cuyos planteos aperturistas eran caracterizados como factores tendientes a la negación de los principios fundamentales del marxismo.

El énfasis de algunas corrientes del marxismo contemporáneo en problemas tal como la praxis existencial o la alienación de la esencia humana era conceptualizado como una renuncia abierta a los elementos singulares de la tradición marxista, especialmente aquel relacionado con la *materialidad dialéctica* del mundo natural y social. Si bien diferenciado de estas corrientes, especialmente por su desenvolvimiento en los marcos del marxismo-leninismo, el althusserianismo era interpretado como un esfuerzo trunco de oposición a las formulaciones finalizadoras:

Frente a los ‘finalizadores’, algunos marxistas valoran adecuadamente a la filosofía como teoría del conocimiento científico, pero incurriendo en otra distorsión inversa, la de desligar a la filosofía y a la teoría científica del marxismo de sus previos e indispensables condicionamientos sociales y políticos (Althusser, por ejemplo) (García Barceló,

1970, p. 88)

El otorgamiento de este lugar al marxismo althusseriano conllevará el sometimiento de la obra de Althusser y la de sus discípulos a una censura del mismo tenor que la operada sobre las filosofías negadoras del marxismo. La insistencia de García Barceló en la necesidad de que los filósofos comunistas avanzaran en el desarrollo de una teoría del individuo y de la alienación fundada sobre las bases de la economía política y el materialismo histórico, redundará en la formulación de un programa de lucha teórica estructurado a partir del combate en dos frentes. Por un lado, contra el *humanismo especulativo*, representado por Sartre y Lefebvre; por el otro, contra el *antihumanismo teórico y práctico*, representado por Althusser. El mismo tono se percibe en la ubicación del althusserianismo en las discusiones en torno a las relaciones entre Hegel y el marxismo. En un panorama estructurado a partir de la refutación de las operaciones teóricas tendientes a una mistificación de Hegel, así como de una consecuente postulación de la necesidad de afirmar la real continuidad de Hegel en el marxismo, la denuncia de las distorsiones contemporáneas del legado hegeliano conllevaban una equiparación del althusserianismo con otras corrientes marxistas contemporáneas. Así, mientras se identificaba a Jean Hyppolite con la operación de un *Marx hegeliano*, a Lukacs con la de un *Hegel marxista* y a Marcuse con la de un *Hegel sin Marx*, Althusser aparecía representando la de un *Marx sin Hegel*. Por ello, el potencial antidialéctico del marxismo estructuralista era igual de combatido que las operaciones hegelianizantes:

Al no aceptar la continuidad del núcleo racional hegeliano, continuidad que entraña al mismo tiempo transformación sustancial de la dialéctica idealista, Althusser, Godelier, Balivar [sic], etc., reemplazan a la dialéctica de la unidad y lucha de los opuestos en la contradicción, por las relaciones mecánicas entre estructuras; sustituyen a Hegel por Spinoza (García Barceló, 1970, p. 102)

Hasta acá, el modo en el cual el althusserianismo intervenía en el corpus marxista articulando la práctica y la teoría era cifrado como un movimiento especular frente al desbalance entre estas dos dimensiones operado por las corrientes marxistas humanistas contemporáneas. Las afirmaciones de García Barceló no dejan lugar a dudas: la *degeneración científicista* propiciada por Althusser, conducente a una hipertrofia de la teoría respecto a la práctica, era tan nociva como la *degeneración practicista* de Sartre, Lefebvre o Costas Axelos, responsable de una superposición entre la teoría y la práctica.

Ahora bien, si ambas tendencias aparecen como portadoras de un carácter regresivo en tanto contribuirían a la negación de aspectos fundamentales de la filosofía marxista, el pasaje a la problematización de la relación entre la filosofía y las ciencias implicará una modificación de la valoración de ambas directrices y, especialmente, la atemperación de la lectura convergente de las características del *marxismo dogmático* y las *filosofías del hombre*. En este sentido, los *intérpretes estructuralistas del marxismo* eran presentados como aquellos teóricos cuya insistencia en la científicidad del marxismo permitía advertir los procedimientos desarrollados por las filosofías del hombre en pos de la conservación del carácter

especulativo de las ciencias sociales y humanas. A pesar de la aclaración de que esta apreciación no implicaba “aceptar el punto de vista de los estructuralistas que niegan la existencia de una teoría filosófica sobre el humanismo en el marxismo”, García Barceló destacaba el esfuerzo de Rancière y Michel Pêcheux por evidenciar los mecanismos de traducción de los conceptos científicos a categorías filosóficas y por demostrar, de este modo, “la trasnochada supervivencia filosófica en el campo de las ciencias marxistas” (García Barceló, 1970, p. 13)^{vi}.

Esta valoración del althusserianismo, que incluía la transcripción de los diagramas reproducidos en los textos de Rancière y Pêcheux, se extendía asimismo a otras dimensiones teóricas abierta por la obra de Althusser. Si bien las proyecciones políticas del marxismo althusseriano no eran objeto de sus preocupaciones, García Barceló dejaba entrever cierta afinidad entre la lucha contra el lenguaje especulativo de las filosofías del hombre y el combate contra los movimientos izquierdistas cuyas formulaciones se mantenían aún en un terreno ideológico. Quedaban asociados, por lo tanto, el trabajo teórico consistente en la revelación de la pervivencia filosófica en la ciencia marxista y aquel dedicado a la constatación del carácter precientífico del discurso de los sectores otrora disidentes del partido. El repaso por las virtudes del científicismo althusseriano se coronaba con una refutación de las pretensiones de las organizaciones izquierdistas, cuyos programas sustituían el análisis concreto de las fuerzas clasistas y la conciencia del proletariado por declaraciones vagas referidas a la violencia de los oprimidos o la inminente conquista de la esencia humana.

Acompañando esta articulación entre dimensiones teóricas y políticas, García Barceló introducía una reflexión en torno a la actualización de las discusiones sobre la ideología a partir de la difusión de las formulaciones althusserianas. Si bien delineada a partir de un sustrato marxista-leninista que enfatizaba la imposibilidad de oponer teoría e ideología, la lectura de la concepción althusseriana de los procesos ideológicos estaba, aún advertida la subordinación de la ideología a la teoría, dotada de una valoración diferente a la de aquellas operaciones -como la sartreana o la gramsciana- tendientes a la subordinación de la teoría a la ideología. Sustentada en un seguimiento pormenorizado de la obra althusseriana, que incluía el conocimiento del texto aún inédito en castellano sobre los Aparatos Ideológicos de Estado (AIE), y de los debates por ella suscitados, especialmente aquel generado por Rancière - presentado como “un discípulo de Althusser que pasó a posiciones de ultraizquierda” (García Barceló, 1970, p. 19)-, la presentación de la concepción althusseriana atendía tanto la problematización de sus elementos más peligrosos -carácter transhistórico, representaciones imaginarias, nociones antropológicas- como la necesidad de que el marxismo-leninismo avanzara en la discusión teórica en torno al problema de la ideología -en qué consiste un proceso ideológico, con qué disciplina se lo estudia, etc^{vii}.

La lectura atenta del itinerario del marxismo althusseriano por parte de García Barceló estuvo acompañada por un seguimiento detallado de las innovaciones desarrolladas entre los intelectuales comunistas franceses a fines de la década de 1960 y comienzos de la de

1970. En este sentido, una parte considerable de la trayectoria de *Cuadernos de Cultura* durante su nueva época coincidió con el enfrentamiento de Garaudy con la dirección del PCF y su consiguiente expulsión del partido, así como con el progresivo relevo de su figura por la de Sève y la posterior consolidación de éste último como principal referente intelectual del comunismo francés.

Hemos hecho referencia más arriba al modo en el cual las formulaciones marxistas-leninistas de Garaudy, ortodoxas y modernizadoras a la vez, actuaron a mediados de la década de 1960 a modo de ariete frente los procesos de integración del marxismo con corrientes filosóficas consideradas burguesas, como el existencialismo y el pensamiento católico. La importancia adquirida por Garaudy entre los intelectuales comunistas argentinos, que contribuyó al mencionado apoyo en la dureza de sus argumentaciones contra la disidencia política y teórica al marxismo-leninismo, pero también en aproximaciones sistemáticas a sus aportes a la filosofía marxista, en la apropiación de sus reflexiones en torno a problemas estéticos y en la interiorización de una lectura de la lucha de los estudiantes franceses y los episodios de mayo de 1968,^{viii} declinó abruptamente hacia finales de la década. Mauricio Lebedinsky fue el encargado de anunciar, en el número 14 (noviembre-diciembre 1969), la noticia inesperada: a través de su artículo “El ‘antidogmatismo’ de Roger Garaudy” comunicaba a los lectores de la revista que el por entonces referente intelectual del comunismo francés estaba incurriendo en actitudes *desviacionistas*. Una, política, concentrada en la crítica abierta a la URSS y al campo socialista debido a los *sucesos* de Checoslovaquia; la otra, teórica, consistente en

la sorprendente asunción de la posición de la cual él había sido una de sus más firmes objetores, es decir, aquella de la necesidad de luchar contra el dogmatismo, propiciar la apertura del marxismo y favorecer su asimilación con otras corrientes filosóficas contemporáneas.

Al año siguiente, y ya consumada su expulsión del partido, *Cuadernos de Cultura* publicó un dossier en su número 101 (mayo-junio 1970) sobre *el caso Garaudy* con un texto del comité de redacción de *La nouvelle critique*, el informe de Étienne Fajon -miembro del Comité Central del PCF- ante el XIX congreso partidario, un artículo del filósofo soviético Jachik Momdzhian y un texto de la redacción de *Cuadernos de Cultura* que establecía un paralelismo entre las tesis de Garaudy y las de Earl Browder. Una vez asimilado el giro revisionista de Garaudy, sus posiciones fueron presentadas como indicativas de la inconveniencia de contradecir públicamente la línea del partido -se citaban las notas del diario *La Nación* en las que aquel era presentado como un *comunista sincero*- y de la coincidencia entre los programas antidogmáticos surgidos a la derecha y a la izquierda del marxismo-leninismo -caducidad del rol de la clase obrera, negación del partido, aparición de un nuevo bloque histórico.

Los efectos del *caso Garaudy*, especialmente en lo relativo a la vacancia del espacio de referencia intelectual del comunismo francés, así como la progresiva importancia adquirida por las interpretaciones marxistas de Sève, ancladas en el marxismo-leninismo pero propiciadoras de una serie de remarcables innovaciones al interior de dicha tradición, contribuyeron a que algunas de sus tesis fueran retomadas en el discurso de los intelectuales

comunistas argentinos, que algunos de sus textos fueran reproducidos en *Cuadernos de Cultura* y que sus trabajos más importantes fueran promovidos en reseñas y comentarios críticos en las páginas de la revista. Si, como bien vimos anteriormente, las tesis de Sève ya había sido referenciadas por los comunistas argentinos junto a las de Garaudy en aquella “afirmación militante del marxismo-leninismo” de mediados de la década de 1960, durante la primera mitad de la de 1970 éstas ocuparán un lugar central en las reflexiones filosóficas desarrolladas en el marco del PCA. Este movimiento, evidentemente impulsado por García Barceló y originado en el interés que en él concitaban las reflexiones de Sève en torno al problema del humanismo marxista, tuvo un desenvolvimiento signado por los avatares de la edición y traducción al castellano de su obra fundamental: *Marxismo y teoría de la personalidad*, publicada en francés en 1969.

En un primer momento fue traducido y publicado solamente el fragmento en el cual Sève problematizaba la interpretación althusseriana del marxismo. Así, el número 33 (enero-febrero 1973) reproducía la caracterización del althusserianismo como una corriente marxista que, al enfatizar la distinción entre el objeto de pensamiento y el objeto real, tendía a poner en duda la existencia objetiva de la esencia. Sobre esta base interpretativa, Sève identificaba negativamente aquellos elementos que a su entender estructuraban la interpretación althusseriana: la reducción de la dialéctica a una teoría de la sobredeterminación, la transformación del materialismo histórico en un antihumanismo teórico y la circunscripción de la epistemología al nivel específico de la teoría. Junto a la elección del fragmento reproducido, resulta

relevante la inclusión de una brevísima nota introductoria al texto de Sève, sin firma pero seguramente escrita por García Barceló, que presentaba algunas directrices interpretativas a los fines de guiar la lectura del contenido publicado. Allí se afirmaba que la importancia de la obra de Sève radicaba en el privilegio otorgado por el filósofo francés a la esencia concreta y en su propuesta de construir una psicología fundada en el materialismo histórico y la economía política. La restauración de la originalidad de la epistemología marxista operada por Sève habilitaba, según el presentador anónimo, un camino alternativo al *humanismo especulativo* y al *antihumanismo estructuralista*.

La promoción de la interpretación de Sève terminó de consolidarse una vez que *Marxismo y teoría de la personalidad* fuera editado en castellano. En su número 40 (marzo-abril 1974), *Cuadernos de Cultura* publicó un comentario del libro escrito por García Barceló que, con el título “Un libro fundamental de nuestro tiempo”, caracterizaba a la obra como una intervención destinada a reactivar la discusión que las corrientes marxistas hegemónicas habían logrado aplacar. La apropiación de las formulaciones de Sève permitía enfrentar al dogmatismo, en tanto éstas le restauraban al marxismo el carácter de programa descubridor de problemáticas y producción de nuevas concepciones, y a lo que se aludía como “ciertas concepciones erigidas muy apresuradamente para obtener patente de ‘marxismo científico creador’”, frente a las cuales el trabajo de Sève aparecía como posibilidad de desarrollar una investigación profunda y rigurosa en el interior de la tradición marxista sin que esto implicara necesariamente la introducción de elementos pertenecientes a

corrientes no marxistas como el psicoanálisis, la lingüística, las matemáticas o la lógica. Si bien estas alusiones peyorativas referían veladamente a las formulaciones althusserianas, y el trabajo teórico amparado en los marcos de esta tradición era calificado como una “coctelera agitada en base a ‘lecturas sintomáticas’ de Marx” (García Barceló, 1974, p. 86), García Barceló destacaba que algunos elementos del programa de Sève en pos de una teoría científica del hombre y su personalidad - como aquel de las *formas históricas de individualidad*- habían sido originariamente postulados por Althusser. El mérito de Sève residía, a su entender, en haber desbloqueado el *antihumanismo paralizante* del althusserianismo y haber logrado despejar, en consecuencia, la tensión irresoluble entre la concepción - humanista- del vínculo entre relaciones sociales e individuos en términos de identificación y aquella -estructuralista- que tendía a entenderla en el sentido de diferencia^{ix}.

Conclusiones

En este trabajo nos ocupamos de los itinerarios del althusserianismo entre los intelectuales comunistas que permanecieron en el partido luego de su crisis. A los fines de delimitar la especificidad del anclaje de estos intelectuales en el campo marxista contemporáneo, nos remontamos a las lecturas realizadas en la prensa partidaria de los procesos de apertura y modernización del marxismo. Los intelectuales comunistas argentinos cerraron filas en torno al marxismo-leninismo de matriz soviética caracterizando a las corrientes innovadoras de la década de 1960 como desviaciones idealistas. La crisis de 1967 reforzó aún más los ejercicios de defensa del marxismo-leninismo. En este contexto, la prensa partidaria realizó un

seguimiento del auge y desarrollo de las corrientes maoístas francesas. La relación ambivalente que Althusser mantenía con dicha tradición se reflejó en los textos publicados al respecto en *Cuadernos de Cultura*. Leído a través de las publicaciones análogas del comunismo francés, el marxismo althusseriano era presentado a la vez como un ejercicio de relectura de Marx realizado en los marcos partidarios como un tipo de trabajo teórico que sustentaba la crítica maoísta al PCF.

Percibimos la misma ambivalencia en la recepción de Althusser en *Cuadernos de Cultura* una vez que fuera publicado en castellano *Pour Marx*. Los textos dedicados al marxismo althusseriano en la revista reconocían la productividad de un trabajo de relectura de Marx centrado en la dimensión teórica y la singularidad de una corriente renovadora del marxismo que no cedía a las tentaciones del idealismo. Identificamos un rechazo frontal de las nociones antihumanistas inherentes al proyecto althusseriano. El programa de convergencia con otras fuerzas políticas que el PCA impulsaba para enfrentar a la dictadura de

Onganía encontraba en la crítica radical al humanismo un obstáculo que podría impedir tal política de alianzas. Vimos, sin embargo, que en la primera mitad de la década de 1970 las tesis althusserianas fueron incorporadas al discurso teórico del partido en el combate contra otras corrientes de pensamiento contemporáneas. Al respecto, si bien algunos aspectos del althusserianismo siguieron generando resistencia, como el cientificismo y en antihegelianismo, otros como la problematización de la ideología y la lucha contra el lastre de la filosofía en la ciencia marxista, recibieron la atención de García Barceló, el referente filosófico del partido. Finalmente reconstruimos el proceso a través del cual el althusserianismo comenzó a perder interés a la par que Sève se convertía en la principal referencia de la teoría marxista francesa. En este sentido, analizamos cómo el trabajo de éste le permitía a García Barceló apostar a un marxismo que convergía en parte con los intereses del althusserianismo pero que no acarrecaba elementos difíciles de traducir al contexto partidario, tales como el antihumanismo y la crítica interna al partido.

Referencias bibliográficas

- Agosti, Héctor. (septiembre-octubre de 1967). “Las nuevas condiciones de la batalla por la hegemonía cultural”. Cuaderno de Cultura (nueva época). N° 1.
- Anónimo. (noviembre-diciembre de 1967). “A propósito de una plataforma fraccional entre los jóvenes”. Cuadernos de Cultura (nueva época), N° 2.
- Barcia, Pablo. (noviembre-diciembre de 1967). “La revolución teórica de Marx, por Louis Althusser”. Cuadernos de Cultura (nueva época), N° 2,
- Barcia, Pablo. (marzo-abril de 1968). “Marxismo y humanismo socialista”. Cuadernos de Cultura (nueva época). N° 4,
- García Barceló, Abel. (enero-febrero de 1964). “El marxismo-leninismo y la denominada ‘totalización’ del marxismo”. Cuadernos de Cultura, N° 66.
- García Barceló, Abel. (julio-agosto de 1970). “Hegel y el marxismo”. Cuadernos de

- Cultura (nueva época). N° 18,
García Barceló, Abel. (s.f). “Las negaciones de la filosofía marxista desde las ciencias y las ideologías”. Cuadernos de Cultura (nueva época). N° 29.
García Barceló, Abel. (marzo-abril de 1974). “Un libro fundamental de nuestro tiempo. Marxismo y teoría de la personalidad por Lucien Sève”. Cuadernos de Cultura (nueva época). N° 40,
Lebedinsky, Mauricio. (“Marxismo o marxismo-leninismo”. Cuadernos de Cultura, N° 66.,
Prévost, Claude. (noviembre-diciembre de 1967). “Modelo robot del maoísmo en Francia”. Cuadernos de Cultura (nueva época), N° 2.
Rancière, Jacques. (1975). La lección de Althusser. Buenos Aires, Galerna.
Tarcus, Horacio. (2008). “El mayo argentino”. Observatorio Social de América Latina. N° 24. pp. 161-180

Notas

ⁱ Esta ruptura refiere a la expulsión del PCA de los jóvenes intelectuales encabezados por José Aricó que se habían congregado alrededor de la revista *Pasado y Presente*.

ⁱⁱ Esta ruptura refiere a la crisis del PCA que derivó en la salida del aparato partidario de gran parte de su militancia juvenil.

ⁱⁱⁱ En 1962, del Barco había publicado un artículo en el que la obra de Gramsci aparecía invocada contra toda concepción especulativa del problema de la objetividad. A través de una argumentación que, reproducida en las páginas de la revista no podía tener sino un carácter provocador, del Barco ubicaba en el historicismo gramsciano la clave para la superación de la creencia en la existencia objetiva del hombre. Dichas afirmaciones fueron rebatidas en los números siguientes por los miembros de la Comisión de Estudios Filosóficos del Partido Raúl Oliveri (bajo el seudónimo de Raúl Oliva) y Raúl Sciarreta (bajo el seudónimo de Raúl Sierra). Ambos ensayaron una férrea defensa de la objetividad y caracterizaron como idealistas las posiciones teóricas del joven filósofo cordobés. Este intercambio suele ser señalado como el antecedente directo de la salida del grupo de *Pasado y Presente* de las filas del partido.

^{iv} *Cuadernos de Cultura*, la revista mensual editada por la Comisión de Cultura del PCA, tuvo dos épocas. La primera, de 1950 a 1967. La segunda, coincidente con la crisis del Partido, de 1967 a 1976.

^v Para una contextualización del posicionamiento de los intelectuales comunistas argentinos en el marco de la recepción argentina del mayo francés, ver Tarcus (2008).

^{vi} El artículo de Rancière retomado por García Barceló era “Le concept de critique et la critique de l’économie politique dans les “Manuscrits de 1844”, publicado en 1965 en *La Pensée* -aquel incluido en la edición francesa de *Lire Le Capital*-. El de Pêcheux, “Les sciences humaines et le ‘moment actuel’”, publicado en *La Pensée* en 1969.

^{vii} El lugar otorgado por García Barceló a las formulaciones althusserianas es perceptible en otras dos reflexiones desarrolladas en las páginas de *Cuadernos de Cultura*, que aún desde un espacio lateral y contingente, son altamente indicativas de la especificidad de sus marcos de lectura. Una de ellas la constituyó la reseña de *El proceso ideológico* editado por Eliseo Verón, publicada en el número 31. Si bien reticente a aceptar el privilegio otorgado al análisis de las formas lingüísticas de la ideología, García Barceló indicaba que dicha perspectiva de investigación no había sido aún desarrollada por el marxismo y que por lo tanto el trabajo realizado por Verón merecía la atención de los intelectuales comunistas. Valorando el camino abierto por la concepción althusseriana de la ideología pero despejando sus implicaciones antihumanistas, el análisis de los procesos ideológicos era direccionado hacia la investigación sobre las formas históricas de la individualidad, lo cual derivaba en la atención simultánea de los procesos ideológicos y de las relaciones de producción sobre las que ellos se desarrollan. La otra consistía en una apropiación de Althusser a los efectos de refutar las articulaciones entre marxismo y tercermundismo. En “La ‘localización’ de una ‘vena idealista’ en Marx”, una reseña lapidaria de *Ser social y tercer mundo* de

Norberto Wilner publicada en el número 15, García Barceló recurría a Lenin -como ejemplo de marxista clásico- y a Althusser -como ejemplo de marxista contemporáneo- para remarcar que cualquier abordaje del *ser nacional* realizado desde el marxismo debe -a efectos de no caer en el idealismo- tener como punto de partida el análisis de la interpenetración entre las formas que adquiere lo nacional y las especificidad de la formación económico-social en las que aquellas se desenvuelven.

^{viii} Ver respectivamente la reseña de *Perspectivas del hombre* escrita por Miguel Lombardi en el número 71 (noviembre-diciembre 1964), “La tesis estética de Roger Garaudy” de Raúl Sciarreta en el número 74 (mayo-junio 1965) y la reproducción de su texto “La revuelta y la revolución” en el número 7 (septiembre-octubre 1968). Cabe destacar que el libro reseñado por Lombardi y al que hace referencia el artículo de Sciarreta, *Hacia un realismo sin fronteras* -del cual éste fue su traductor-, habían sido publicados por editoriales del partido, el primero por Lautaro y el segundo por Platina.

^{ix} El comentario de García Barceló permite advertir que la introducción de la obra de Sève entre los intelectuales comunistas argentinos no estuvo exenta de objeciones e impugnaciones. Al defenderla de ciertos ataques esquemáticos, aquel relataba que luego de haberse publicado en la revista el fragmento perteneciente a *Marxismo y teoría de la personalidad*, “surgieron entre nosotros algunas voces que sin haber leído el libro calificaban de ‘esencialista’ al autor” (García Barceló, 1974, p. 86)